

de bufete, ... un anarquista de barrio), a Apollinaire, a Tristán Tzara el padre del dadaísmo (¿otro «rumano» extraño?), a Paul Valéry, Pirandello y Ortega y Gasset —en conjunto— (cuyas obras contienen en el fondo, una evidente sensibilidad de gabinete), a Marinetti, inventor del futurismo, y «el patriarcal Tagore», «cuyos clamores y gritos de socorro contra el imperio jupiterino de la máquina, no han podido menos que estremecer el templo fórdico y maldito de la “cultura” capitalista». Y en notas *Del carnet de 1936-37-¿38?* apunta:

«El triunfo de la URSS —dice Gide— permitirá el advenimiento de una literatura alegre. Es desde este punto de vista que la literatura soviética contrastará gloriosamente con la literatura burguesa.»

¿El señor Gide ha reflexionado bien en lo que dice? ¿Se da cuenta de lo que sería, en el futuro, una literatura en que ya no exista el dolor? ¿Admite el señor Gide siquiera sea la posibilidad de una tal mutilación del corazón humano? ¿No cree el señor Gide que el propio reinado exclusivo de la alegría sería el mayor de los dolores que se imponga al hombre? ¡Alegría! ¡Dolor! En todo caso, el señor Gide, al formular su frase, tenía seguramente a la dialéctica *[ilegible]* por la cabeza de su despacho. ¡Muy hegeliano, el señor Gide! Hoy como ayer y como anteaer.

A veces el pensamiento de Vallejo, enajenado por la esencia de la ideología adoptada, enajenación devenida naturaleza, proclama cosas que podrían ser unos ataques a poetas estoicos como Jorge Guillén:

Algunos escritores creen infundir altura y grandeza a sus obras, hablando en ellas del cielo, de los astros y sus rotaciones, de las fuerzas interatómicas, de los electrones, del soplo y equilibrio cósmico, aunque en tales obras no alienta en verdad, el menor sentimiento de esos materiales estéticos.

Otras veces parece adversario de algunos conceptos de Pablo Neruda, o de «la poesía “nueva”» de la generación del 27, que «se distingue por su pedantería de novedad y por su complicación y barroquismo».

Por razones estrictamente ideológicas, muchas veces sugeridas por sus estudios leninistas (o trostkistas o stalinistas) ataca a poetas soviéticos como Block, Essenin, Sobol, Pasternak —todos de la misma calaña que el gran *desaxé* Maiakovsky—. Tampoco Gorky, Tolstoy, Lunacharsky o Plejánov escapan a la crítica partidista.

Resulta obvio, por lo tanto, que al ponerse los catalejos que le prestaron *el Soviet* y sus agitadores, César Vallejo no sólo se pone en postura de militante despiadado, según la *línea del Partido*, sino también ve un reflejo mutilado, invertido e incompleto de la realidad soviética. Al quitárselos por un solo instante, vuelve a ser *el poeta* con todos sus sentimientos profundos invadiendo su pensamiento y su creación. Y concordamos aquí con D.P. Gallagher en que hay un quiebro entre la prosa y la poesía de Vallejo.

En cierto punto, él nos revela *su secreto*:

Me refiero a Hegel y a Marx, que no hicieron sino descubrir la ley dialéctica. Paso a mí mismo cuya posición *rebas*a la simple observación de esta ley y llega a cabrearse contra ella y llega a tomar una actitud crítica y revolucionaria delante de este *determinismo dialéctico*. (La cursiva es mía.)

En su *Dialéctica de la conciencia*, José Revueltas afirma que «La ideología dominante (el compuesto o conjunto ideológico dominante) como sostén espiritual de la realidad

social objetiva, tiene su sustento básico en la inercia del pensamiento...» César Vallejo, que con orgullo afirma en la primera página de un libro suyo «*Fui a Rusia antes que nadie*» (¡sic!), habrá obtenido esa *inercia* de su pensamiento y también la inquietud que tal inercia suscita. Sea como fuere, ecos de sus estancias en la URSS aparecen en los pocos años de vida que le quedaron. Un elemento más quisiéramos añadir a toda la serie de testimonios comentados aquí ofrecidos, para elucidar el origen del título de un volumen suyo de poesías. Una noche, en un teatro de Moscú, asiste a una obra dramática nueva, titulada *El brillo de los rieles*, que trata de la conciencia revolucionaria del obrero bolchevique. Este tiene un hijo y pasa por momentos difíciles en la fábrica, en la producción. Tiene que sacrificar al hijo en el altar del bien colectivo (acaso, ¿alguna similitud con el patriarca Abraham del *Antiguo Testamento*?). El momento es altamente «dramático». El obrero *vacila*. «Lucha todavía. Es la hora» —dice Vallejo— «del sudor de sangre y del “*Aparta de mí este cáliz*”.»

César Vallejo nunca renunció, de hecho, a sus modales de escritor latinoamericano y, en el corazón de la oficialmente atea URSS, creó toda una mitología suya para el uso y provecho del... proletariado (¿mundial?). Menciona en una parte de su libro *Rusia en 1931*, donde hace toda una filosofía del *homo sovieticus*, los nombres de Marx y Lenin, «estos dos creadores de la nueva humanidad». A nadie, antes o después, se le ocurrió tamaña lucubración; espiguemos algunos fragmentos:

(Marx y Lenin) ocupan en el corazón del proletario ruso el lugar que ocuparían dos dioses, de tener el socialismo carácter religioso. Una aureola sobrehumana rodea sus figuras, y no digo divina, [...] Cuidémonos de no mixtificar (*sic*) el sentido de los hechos ni los vocablos que los contienen. [...] Las palabras «divino», «dios», «religioso», «santo» carecen de sentido. [...] Sin embargo, tampoco hay que desconocer la existencia en la revolución socialista de *una nueva mítica* y de *una nueva dogmática*. [...] Los mitos «revolución», «proletariado», «internacional», «capital», «masa», «justicia social», etc., son creaciones directas del sentimiento o instinto económico del hombre, [...] Los dogmas, en la doctrina socialista, proceden [...] de la dialéctica determinista de la técnica del trabajo.

De este modo, la isocracia con que soñaba Vallejo en París cedió a una pseudoidolatría, fenómeno bastante curioso dada la índole de su pensamiento. En lo que a su obra poética se refiere, estos pocos datos extraídos de su prosa ensayística pueden ayudar más que aquel «nada» con que coronaba la hermenéutica del poema vallejiano aquella dama argentina en el Midwest americano.

La presente pesquisa procuró contrapesar las afirmaciones de César Vallejo sobre el marxismo aplicado en Rusia, en la época de la ascensión de Stalin a su trono rojo, con el propósito de presentar un panorama de sus ideas y creencias a fin de dar más relieve a su *carácter*, «esta lucha entre el infinito de un ser y la ubicación suya en un espacio y tiempo circunstanciales». En cambio, el estudioso seguirá *hurgando*, como le gustaba decir a César Vallejo, el misterio de su obra poética. *Ad astra per aspera*.

Paul Teodorescu

